

## EXTRA-DICCIÓN

*Cuando me dijeron libertad, habían hecho de mí un recluso de por vida.  
¿Cómo voy a organizar mi resistencia, cómo mi estrategia, cómo mi compromiso,  
si cuando grite libertad nadie emprenderá cerca vuelo autónomo alguno?  
Porque llegaron a su tiempo,  
Cuando me dijeron libertad ya era demasiado tarde.*

Recurro, al cierre —las pausas del interés o del hastío, no a las de la legitimación político-académica de ese cierre—, una vez más a la metáfora, no tanto para ilustrar mi texto cuanto para sugerir discursos que lo complementen o, en su caso, sustituyan. Ésta es mi versión de la parábola del peregrino:

*Dígame, buen hombre, ¿por dónde se va a Roma?*, preguntó un peregrino cansado de andar. *Todos los caminos conducen a Roma*, le contestó el posadero. *Esa es mi gran tragedia... porque jamás quise ir a Roma*, comentó desencantado el viejo caminante. *Dígame, buen hombre, ¿por dónde se va a otra parte?*, volvió a preguntar al día siguiente. *Todos los caminos conducen a alguna parte*, le contestó a su vez el mismo posadero. *Esa sigue siendo mi gran tragedia... porque jamás quise llegar a parte alguna*, comentó en silencio el peregrino con idéntico cansancio y trasnochada tristeza. Al tercer día nadie preguntó al posadero cosas de tanta importancia, ni jamás, a partir de entonces, volvió a oírse hablar de caminantes tan incómodos. Dicen que el peregrino abandonó el pueblo al amanecer, que se de-

tuvo al salir a la puerta del cementerio y que alguien le vio llorar cuando retomó su camino.

Éste ya no es tiempo de crueldad, aunque los teatros sigan siéndolo. Traiciono, por tanto, a Antonin Artaud para resolver el enigma: el posadero se llamaba, es Martin Heidegger. El peregrino, su alumna y amante secreta, convertida ahora en el referente del padre-madre originario: Hannah Arendt... como Abraham, una aramea errante.

He de marcharme, aunque no lo quiera. Vengo forzado a cerrar tras de mí esa puerta hacia la historia, hacia el espacio del deseo interrumpido, todavía-no re-creado, bloquear una vez más la más seductora de las interdicciones posibles. Cuando apenas uno ha llegado está ya a punto de salir, permanentemente de viaje, pero sin querer llegar a parte alguna. Porque las partes-otras le recuerdan a uno que existen *pérdidas irreparables*.

Uno va perdiendo trocitos de sí-mismo cada vez que cambia de posición, que abandona un sitio. Dejamos a menudo nuestra casa, el espacio de la privacidad, los lugares sagrados de encuentros y de pérdidas, para dirigirnos a otra morada, a otros lugares de encuentros y pérdidas. Para (poder)desear volver algún día de nuevo, siempre al mismo punto de partida.

A fuerza de desgarrarse tanto, uno va perdiendo su capacidad de *manipulación*, se va volviendo objeto-no-informable, sin capacidad ya para dar forma a otros cuerpos, para *encarnar* el entorno más cercano, hasta llegar a no reconocerse siquiera en su propio cuerpo. Tal es la levedad de la existencia dis-cursiva.

Llegado a este momento, el punto de la saturación, y, por tanto,

de la ruptura, del corte, del adiós, debo cerrar aquí mi discurso: rompo la palabra para que se instale un discurso más pro-vocador, el del silencio. No sé si por ello es ahora el tiempo de solicitar el correspondiente perdón: perdón por haberme mostrado tan al descubierto.

Una vez secularizada la fortuna, he de confesar que me han hecho pagar por ello un precio muy alto: no sólo admitir que ser o no afortunado ya no es una cuestión de matiz lógico, ético o estético. Ahora he de aceptar que se tiene o no definitivamente fortuna. En defensa de mi integridad poco a poco, en consecuencia, me he ido convirtiendo —sin saberlo tal vez, sin no quererlo saber— en un pensador laico, por lo tanto mal-dito. Pero sólo yo sé que ése es un pecado que cometo alevosamente. Muy a menudo.

Para que al menos los relatos no mueran, he optado por escribir sólo en los *lugares de tránsito*: medios (semi)públicos de transporte; lugares (semi)privados para probar nuestra inocencia, como cafeterías, terrazas y jardines..., cualquier antesala; en situaciones de crisis, de angustia, desencanto, enfermedad... La creatividad —al menos en mi caso— pertenece al reino de la miseria, de la dispersión, de la pérdida. Por fin, in-solvente, sin posibilidad de *liquidez* ni a corto ni a medio plazo, es donde más seguro me encuentro. Tal vez porque, provisionalmente, se siente uno entonces, *sin crédito*, libre de cargas y de ataduras, más allá de los discursos de la normalización.

Confieso, por último que ésta pudiera ser la única forma de re-pensar mi propia historia, por si aún estoy a tiempo de prolongar la vitalidad que tras ella se escondiera. Aunque, de ser radicalmente sincero, no estoy hablando de otra historia que de aquella que sofisticadamente me han ido obligando a ocultar.